

EL RAMAYANA

VALMIKI

Traducción, adaptación y comentarios de

Lorenzo Frau Abrines y Rosendo Arús Arderiu



Editorial ELA

Andrés Mellado, 42

Tel 91 5434781

28015 Madrid

www.libreriaargentina.com

Índice

Preámbulo	7
Introducción	9
El contexto histórico	11
El contenido	12
Su lugar en la literatura india	15
La estructura	24
Las diversas ediciones y traducciones	26
El Ramayana	27
Preámbulo	31
Tomo I. Adikanda	37
Tomo II. Ayodhyakanda o el tomo de Ayodhya	57
Tomo III. Aranyakanda o el tomo de los bosques	77
Tomo IV. Kishkindhyakanda o el tomo de la caverna Kishkindhya	97
Tomo V. Sundarakanda o el tomo encantador	107
Tomo VI. Yuddhakanda o el tomo de las batallas	129

Preámbulo

El Ramayana de Valmiki es quizás el más antiguo y glorioso poema épico del mundo. Se le conoce como el Adikavyam, -el primer poema-.

El Ramayana ejerce un gran poder para modelar la vida del hombre. Contiene lecciones objetivas para los esposos y esposas, padres e hijos, hermanos y hermanas, amigos y enemigos.

Es un libro maravilloso que contiene la esencia de todos los Vedas y de todas las escrituras sagradas. Es un tesoro para el hombre. Es un depósito que contiene el néctar de la inmortalidad.

Delimita el carácter de un hijo que se inicia en el trono, en los placeres de los sentidos y el mundo, y que para cumplir la palabra dada por su padre, vive en el bosque durante un período de catorce años.

Representa el carácter de un padre que envía incluso a su hijo más querido al exilio con el fin de mantener su palabra.

Delimita el carácter de una esposa ideal y casta, que se dedica a su marido hasta el final de su vida, comparte sus adversidades, le sirve sin descanso en el bosque, y que se refiere a él como Dios.

También se señala el carácter de un hermano, que coloca al afecto fraternal por encima de todo lo demás de este mundo y sigue a su hermano en el bosque dejando todos los placeres del palacio y abriendo el camino para evitar todos los peligros.

La descripción de la naturaleza en el Ramayana es sublime y hermosa y la descripción de las escenas de batalla son magníficas. La principal característica del Ramayana es la simplicidad y la ternura que se ejecutan a través de todo el poema. Así la poesía y la moral se ven unidas con encanto.

El Ramayana tiene una base histórica. Es un libro de la antigüedad, no es un mero poema alegórico. Es un libro inspirador maravilloso para todos los tiempos, que ha cobrado mucha importancia durante siglos en los destinos de millones de personas y sin duda seguirá haciéndolo en los siglos futuros.

Swami Sivananda

Introducción

La epopeya, luminosa expresión del genio humano, tiene en el Indostán brillantes creaciones. Aunque la India no es precisamente, como se suele oír, la cuna de nuestra stirpe; en ella moran desde tiempos remotos, pueblos bifurcados del tronco mismo de los arios de Europa. Estos hermanos de la India, nuestros predecesores en civilización, han vivido para sí mismos, desconocidos de los europeos y temidos, hasta reincorporarse a la civilización occidental por remotos parientes nuestros. Su civilización, evolucionando con ideas propias, llegó a conclusiones diversas a las obtenidas por los europeos y americanos. Esta disparidad de resultados acumulada al transformismo étnico, pudo esconder por lo pronto la identidad de los orígenes. Pero la filología alumbró la oscuridad. La antorcha de su luz disipó las tinieblas en cuyo seno no nos conocíamos. El mundo occidental había sacado del fondo de Asia sus ideas, sus costumbres, sus creencias, sus mitos, sus dioses y sus errores; allí de la misma fuente de donde manara toda la creación índica. Los dioses griegos, celtas, romanos, germánicos y eslavos, eran vecinos de Asia, que se habían mudado hacia el mundo occidental. El Panteón grecorromano, se descubrió que era una planta asiática aclimatada en Europa. La *Ilíada* había sido precedida en Asia y Homero, retrasaba su nacimiento tres siglos al nacimiento de Valmiki.

Una civilización tan remota, dejó testimonios vivos de su actividad literaria en la explosión sublime del genio meridional. Entre la inmensa riqueza poética de la India, se destacan dos joyas preciosas, una el *Ramayana* y otra el *Mahabharata*. La India quiso asombrar al mundo y produjo estos poemas.

El *Ramayana* es un libro de dioses, héroes, reyes, santos y monstruos agigantados por la mano del artista hasta los confines épicos. Las creencias públicas en una religión generatriz que todavía alienta, hacen del *Ramayana* algo así como un libro sagrado. Habla a una fe viva, y habla por boca de ella. La India, que mantiene ardiente el fuego de los impulsos védicos, que conserva íntegra en su conciencia la comunión de las ideas que originaron el poema, es terreno fértil que abonan sus enseñanzas y de ahí la afinidad recíproca entre el

pueblo y la obra, entre el poeta y sus admiradores. Valmiki escribe lo que los indios creen, como Homero escribía para los creyentes griegos, pero éstos perdieron la fe en lo que Homero adoraba, mientras en la península del Ganges siguen las adoraciones tendidas a las deidades de Valmiki.

Para comprender la congruencia de este libro entre mitos cuya pujanza nacional es hartamente superior a la de los mitos bíblicos en Occidente, es preciso comparar estas condiciones con aquellas en que se encuentra hoy cualquier otra epopeya surgida espontáneamente de la inventiva popular en tiempos remotos, o producida por la fantasía individual. Los Eddas, por ejemplo, cantan en el lenguaje de la maravilla a pueblos que ensordecieron desde hace siglos para el mito pagano; los Eddas son hoy pues, un poema nacional para los pueblos escandinavos, como los Nibelungos para Alemania, como el Sha-Nameh para Persia, como el Bernardo para nosotros, no serán jamás un Vedas, ni un Corán, ni un Zend-Avesta, ni un Tripítaka. En cambio el Ramayana toca a los límites de la literatura revelada. Su autor es un santo, un patriarca, un rishi. El pueblo en su elaboración religiosa quiso remontar al poeta mismo hacia los cielos, y se acerca casi a confundirle con sus personajes celestes. Por eso el Ramayana tiende a ser, digámoslo así, algo así como un Purana, como un Sutra o como un Upanishad, según veremos después.

El Ramayana relata la vida de Rama, un héroe de naturaleza extraordinaria, que es la mitad encarnada del divino Vishnú. El Ramayana fue compuesto quince siglos antes del nacimiento de Jesús, pues su autor Valmiki vivió en aquel entonces. El poeta interviene él mismo en la trama de este largo poema. Es contemporáneo de su protagonista, y ha alcanzado a ver diversas fases de su existencia, no obstante su longevidad épica.

El término "Ramayana" es una voz sánscrita compuesta, que significa "Excursiones o Correrías de Rama". El héroe de Valmiki es Rama Tchandra, hijo de Dasaratha, al que se atribuye la conducción de los Kshattriyas a la conquista de la India meridional y de la isla de Ceylán, al finalizar el cuarto período de la historia índica. Este Rama es el llamado Tchandra, que reinó en Ayodhya o Uda, situada sobre el río Sarayú, afluente del Ganges.

El contexto histórico

Los arios que invadieron y dominaron el Indostán, nos habían dejado en todas sus tradiciones y literatura, el recuerdo de su hostilidad continua con los pueblos autóctonos y de la enemistad despiadada que las acciones físicas opusieron a su paso por las gargantas del Hindú-Kusch, en su descenso al Mediodía del Himalaya. Según todos los testimonios, constantemente de acuerdo, los arios habían tenido que luchar contra una raza de seres maléficos llamados Rakshasás. Los Rakshasás de la mitología india habían adelantado a los Titanes de Grecia, en achaques de guerra y enemistad con los mismos dioses. Genios atormentadores, que no eran otra cosa que el ontomorfismo de las potencias naturales y de los fenómenos meteorológicos, representaciones de los animales dañinos y de los enconados aborígenes; así como también del terror infundido por las sombras y pavorosas concepciones fantásticas de la imaginación popular; espíritus al servicio de Kuvera, vagarosos por los cementerios, comiendo la carne cruda, interrumpiendo los sacrificios, procurando la ruina de los votos de los anacoretas e interrumpiendo sus penitencias ayudados por la continua y arbitraria movilidad de sus formas; son las acciones contra quienes pugna el divino Rama, el de los ojos de loto.

Rama viene a la tierra con una misión celeste; para una satisfacción divina. Como Jesús, es concebido por milagro; los dioses, al tomar vestidura mortal, quieren seguir siendo dioses y diferenciándose de los mortales en el nacer y hasta en el morir. También Rama tiene que pisar la cabeza de la serpiente del Mal, del enemigo del hombre. Pero el Mal viene en la mitología india con más riqueza poética, con mayor esplendor de recursos fantásticos que en los mitos hebreos. Forma un pueblo entero, con toda la jerarquía correspondiente.

Rama, o Vishnú con forma humana, vence aquí al Mal, como Jesucristo al Infierno. Rama lanza flechas prestigiosas; Jesús vierte con mansedumbre su sangre. El uno muestra el heroísmo de su valor; el otro la excelsitud de su martirio. Rama, como el Nazareno, se retira a orar al desierto y huye de las pompas humanas. "Mi reino no es de este mundo", dice el hijo de María; Rama no conoce otra idea superior a la del "deber". El deber trasciende a cada letra del poema de

Valmiki; es su quintaesencia, su espíritu, el pensamiento capital de su héroe, como la caridad es la idea primordial del misticismo de Jesús.

La composición del poema es necesariamente posterior al cuarto período de la historia de los arios meridionales. Su formación corresponde sin duda al fin del quinto período indo-ario, es decir, a las postrimerías del lapso de los arios puránicos (no al que vio formarse los libros que hoy conocemos con el nombre de Puranas).

El Ramayana fue refundido varias veces, aunque dejando a un lado la cuestión de las reformas diferentes que haya podido sufrir la tradición que es la base del Ramayana, se quiere determinar en que tiempo tomó la forma poética bajo la cual nos aparece hoy día en la epopeya india; en una palabra, si se pretende fijar la fecha de la redacción definitiva de este poema, hay que lanzarse hacia una remota antigüedad, hacia una época anterior al nacimiento del budhismo, que no se muestra todavía en el Ramayana; y por otra parte, anterior también a la costumbre que tienen desde largo tiempo las viudas indias de quemarse con el cuerpo de sus maridos; uso del que no se hace mención en el antiguo poema. Pero esta costumbre cruel estaba ya en vigor y probablemente desde mucho antes en la época de Alejandro, y como el establecimiento del budhismo remonta por lo menos al siglo VI, antes de J. C., he aquí que la fecha del Ramayana retrocede hasta más allá de esta época. Un solo verso en todo el poema hace alusión al budismo y este verso ha sido rechazado por Schlegel. "Si el budhismo hubiese existido en la época en que el Ramayana fue compuesto no se trataría de él en un solo pasaje del poema, a buen seguro". (La Science en Orlan, por Mr. Ampère, página 457).

El contenido

Los dos discípulos de Valmiki, que según la Introducción le piden de rodillas confíe el poema a su fiel memoria, para luego recitarlo por todas partes como los rapsodas griegos o los menestrales de la Edad Media, no deberían aprender ciertamente más que los trozos más importantes, puesto que el Ramayana solo, contiene el doble de extensión que la Ilíada y la Odisea juntas, siendo así que

los versos de las obras griegas son de doce sílabas, mientras que los del poema sánscrito son de dieciséis. En Grecia, por ejemplo, los rapsodas se reunían en gran número para recitar un mismo poema; del cual cada uno sabía sólo una cierta parte o varios fragmentos o episodios, con frecuencia incoherentes y desordenados; de tal forma, que se llegó hasta a publicar edictos obligando a los rapsodas a dar sus canciones en el orden de su primitiva disposición.

Los hechos relatados en el Ramayana, o cuando menos su comienzo y desenlace, acaecen precisamente en el valle principal de la India, y en consecuencia, según las ideas expuestas en tesis general por Buckle, en un lugar en que por necesidad habían de desenvolverse civilizaciones superiores. En efecto, en la cuenca del Ganges, el cultivo del suelo, de las artes y de las letras, alcanzaba desde tiempo antiquísimo alto grado de perfección. Baste observar la enumeración de los gremios existentes en Ayodhya, y que siguen al rey Bharata cuando se dirige al encuentro de su hermano el desterrado y divino Rama. Dicha enumeración comprende profesiones que indican un grado de cultura que nada tiene que envidiar al de las más importantes metrópolis modernas. En semejante situación social tuvieron efecto los hechos cuya tradición forma el armazón sobre el cual la fantasía popular montó estas hermosas leyendas refinadas después por el talento de Valmiki.

“Las castas”, dice Burnouf: “Estaban organizadas allí desde hace mucho tiempo; la ley y los poderes públicos velaban por su conservación. Se puede ver en el canto I de esta epopeya, como realizaría Rama ahí una especie de revolución, que la fuerza de las cosas había traído, confirmando para siempre en manos de los kshatryas, es decir, de los señores, la autoridad temporal de que su antiguo predecesor, Parasu-Rama, había puesto una buena parte en manos de los brahmanes o sacerdotes. Éstos permanecieron jerárquicamente los primeros en el orden espiritual, pero se mostraron desde entonces constantemente sometidos al poder activo de la realeza. Esta fue una de las causas que hicieron célebre en la poesía y en la historia de la India el nombre de Rama, llamado Rama-Tchandra...”

“Si se juzga por el poema confirmado por todos los datos anteriores y posteriores, la potencia de los arios tenía

entonces por límite al Sur los montes Vindya. Llegados al valle del Indo, hallaron en él hombres de color amarillo o negro, pertenecientes al tipo chino o a la rama dravídica, a quienes habían sometido o rechazado a las montañas en que se les encuentra hoy día. El período de los himnos del Veda nos presenta a los arios establecidos en los valles del Indo y tocando ya al Yamuna (Jumna) afluente del Ganges. El país de Hastinapura (Delhi) es el centro de los sucesos contados en el Mahabharata; el Ramayana nos lleva aún más hacia el Oriente cerca de seis grados, al medio mismo del gran valle del Ganges. El Sur de la casi isla, ocupada por hombres de otra raza, a los cuales en el poema se da el nombre de monos, a causa de su color y fealdad, es recorrido por vez primera por Rama, el cual hace alianza con ellos, llegando al promontorio extremo meridional, al lugar llamado hoy día Ramnad (Ramanadi, río de Rama), atravesando el canal y procediendo a la conquista de Ceylán. Esta isla lleva el nombre de Tamraparna, que ha producido este otro de Taprobana, con el cual se la designa por nuestros autores clásicos”.

El Ramayana está clasificado entre las obras que los literatos indios llaman kavyas (poemas épicos compuestos según las reglas del arte, por oposición a los itihisas y a los puranas), entendiéndose bajo esta designación aquellas composiciones de una compleja unidad que tan numerosas eran en la India y de las cuales nos quedan algunas.

Comparando el Ramayana con los poemas atribuidos al inspirado Kalidasa, hace notar Burnouf que la posterioridad notable de éste, se encuentra evidenciada por el refinamiento y perfección superior del lenguaje de aquél sobre el de Valmiki.

“La lengua de Valmiki, al contrario, aunque muy precisa y elegante, es sencilla y desprovista de sutileza y purismo. Las formas gramaticales de las palabras y los giros de las frases son en el Ramayana de una época evidentemente más antigua. Los poetas indios de tiempos posteriores han profesado por el estilo, el arte y la influencia moral de la obra de Valmiki, una admiración casi sin límites...”

El Ramayana es la obra de un puro brahmán, que la tradición nos presenta como un santo penitente, que vive en el desierto y tiene relaciones directas con el mismo Brahma, el cual se le aparece y le hace conocer a Rama. Resulta de ello

que su poema puede desenvolverse con plena libertad de espíritu, no solamente las doctrinas religiosas y su fondo metafísico, sino que también las leyes, los deberes de los hombres y castas, hasta de los reyes; y darles a cada uno lecciones llenas de autoridad para conducirse en la vida.

La tradición no encadena al autor, pues no viendo en varios personajes de la antigüedad india más que figuras simbólicas propias para representar ideas y sucesos desarrollados a su tiempo, él los aproxima sin escrúpulo. Así está fuera de duda que los dos Ramas vivieron en épocas muy distantes, puesto que el de Valmiki reinaba sobre el Sarayú y el Ganges, y el otro en tiempos en los cuales los arios rebasaban apenas el Saraswati hacia el Oriente y que por fin, todo el período de sucesos narrados en el Mahabharata, les separa. No obstante el poeta hace conversar juntos a los dos Ramas.

Esta maravilla poética, que los indios emplean más aún que los griegos, autorizaba a Valmiki a exceder todavía este límite, puesto que hace aparecer e intervenir en su poema personajes pertenecientes al mismo Veda, que han escrito los himnos védicos (Se puede consultar en esta editorial: "Los himnos mágicos del Rig Veda") cuya autenticidad no es dudosa y que son anteriores al antiguo Parasu Rama... Esto prueba dos cosas: que Valmiki no vivía en tiempo de Rama, sino mucho después, de suerte que no pudo leer su poema en presencia de éste, como pretenden los brahmanes; y segundo, que de la época de los poetas védicos antedichos, habían pasado desde tiempo bastante largo para que sus figuras hubiesen venido a ser en cierto modo ideales, y semejantes a las de los dioses que escapan al tiempo.

Su lugar en la literatura india

El Ramayana tiene en la literatura de la India un lugar considerable. Se le estima al igual casi de los libros santos, a causa de las doctrinas y de los ejemplos que propone; siendo objeto de estudios especiales para quienes aprenden la lengua, la prosodia y el arte de la composición literaria. Para nosotros también es uno de los monumentos más importantes de la lengua sánscrita. Para los historiadores ofrece un doble interés: por las tradiciones antiguas que encierra; arroja viva luz sobre los tiempos que han seguido al período del

Tomo II. Ayodhyakanda o el tomo de Ayodhya

Rama era un astro que alumbraba a Ayodhya. La enumeración de sus cualidades, de sus costumbres, de su liberalidad, de su saber y valor es motivo de todo el capítulo II en el cual, al pedir los vasallos al “varias veces centenario” Dasaratha consagre a su hijo como sucesor, dicen entre otras muchas cosas:

“Llegado de viaje, montado en un elefante o en un carro, si nos encuentra en su camino se para, se informa sobre nuestra salud preguntándonos por el fuego sagrado, por nuestras esposas, nuestros criados, nuestros discípulos, si todo en fin, va bien en nuestras casas. Dentro y fuera de la ciudad la mujeres, los viejos, los jóvenes, todos en su casa invocan a los dioses para que te dignes consagrar a tu hijo mayor y partir con él la corona”.

En los hechos que se derivan de éste y en el mencionado de la boda, está el nudo del poema, reducido en último análisis al destierro de la corte y alejamiento del trono para Rama combinados con el rapto de Sita.

Dasaratha accede gustoso a lo que forma su deseo secreto. Estamos en el santo mes de Tchetra, en el que florecen los bosques. “Quisiera conferir en esta luna misma la unción real a Rama”, dice el anciano y hace venir a Rama. Éste llega y se postra a sus pies, pero su padre se levanta y lo besa. “Enseguida, el afortunado monarca le indica con un gesto su sitial incomparable, deslumbrador, el más elevado entre todos, adornado de oro y pedrerías. Entonces, cuando estuvo sentado Rama en tan noble sitial, se le vio resplandecer como el Meru que el sol naciente ilumina con sus limpios resplandores. Alumbrada por esa aureola flamígera, la asamblea despidió una viva luz; como luce a los rayos de la luna un cielo de Otoño, sembrado de constelaciones, embellecido de serenos planetas”. Luego dirigió Dasaratha elocuentes palabras e instructivos consejos al hijo querido, llamado al trono, e hizo saber a la tierna Kausalya tan grata nueva.

Cuando el rey y sus ministros quedaron solos, dispuso aquél la consagración de Rama para el siguiente día. Los preparativos comienzan. Rama, en unión de su encantadora Sita, hace el ayuno requerido por las prácticas religiosas y las libaciones acostumbradas y se acuesta en un lecho de verbe-

nas tendido en la capilla misma del palacio, dedicada a Vishnú. El público se hace sabedor de ello y la ciudad se alborota: luce con todo su brillo el fervor dinástico. Los ciudadanos decoran a Ayodhya; empiezan las fiestas consiguientes y la población campesina acude a dar animación al cuadro.

Entre tanto, Kékeyi sabe por una sirvienta jorobada, que hay en la ciudad una gran confusión y algazara, y cuál es la causa. Oye de sus labios palabras de estímulo para hacer que su esposo ponga a Rama en la sucesión al mando, vertiendo el veneno de los más pérfidos celos en el alma de la reina respecto a la suerte reservada a su hijo Bharata si Rama llegaba a ascender al solio real. "Discurre", la dice, "los medios de asegurar el trono a tu hijo y de enviar al otro al destierro hoy mismo". Le recuerda que Kausalya verá a su hijo ungido y consagrado heredero del trono paterno y a su nuera saborear los goces del trono y de la fortuna, mientras Kékeyi queda oscurecida y rebajada... "Y es cosa que no puede dejar de suceder que una vez coronado Rama desembarazará su camino del estorbo de tu hijo Bharata, enviándolo al destierro, o lo que es más seguro, a la muerte. Embriagada de tu belleza, desdeñaste siempre, en tu orgullo a la madre de Rama, mujer como tú del mismo esposo ¡cómo va a descargar ahora sobre ti el peso de su ira!".

La reina bebe con delicia la pócima que esta sirvienta jorobada le va dando a gustar en el cáliz letal de sus lisonjeras palabras y sólo encuentra imposibilidad material en la realización de tan risueña perspectiva. Pero la jorobada Manthara la recuerda que habiendo sido herido Dasaratha en una guerra, por una flecha enemiga, la concedió dos gracias a su elección, por haber cicatrizado pronto la herida merced a los cuidados de la reina y que ésta había dicho a su augusto esposo: "Guarda estas dos gracias para el tiempo en que yo necesite pedirte su cumplimiento". "Reclama ahora del rey estas dos gracias", la dice, "una la consagración de Bharata y la otra el destierro de Rama a los montes durante catorce años... El rey no tendrá fuerza para excitar ni para despreciar tu cólera. ¿Desatendería una voz tuya, cuando es capaz de dar la vida por tu amor?. El rey no es más que tu servidor; así es que déjate tus temores encárcelale entre tus seducciones y hazle que renuncie a su idea de consagrar a Rama".

Excitada por su doncella, Kékeyi vio como bueno lo

que era malo y su alma, turbada por una maldición, no comprendió que esta acción era mala. Porque habiendo injuriado en su país a un brahmán, éste la había maldecido y por eso parecía ahora encadenada a las fascinaciones de Manthara. Así es que asiente gustosa cuando ésta le dice: “Es ocioso echar puentes a un río cuyo cauce está seco: ¡levántate, ilustre dama, y lleva la perturbación al corazón del monarca!”. Por su consejo se quita su collar de perlas, se despoja de sus adornos, y repleta su alma de odio, entra en la cámara de la cólera, donde se encierra a solas con el orgullo que la inspiraba la fuerza de su prosperidad. Dominada por la potencia de las palabras de la perversa jorobada, Kékeyi se tira al suelo.

Después de señalar Dasaratha el día en que debe tener lugar la consagración de Rama, entra en su gineceo para anunciar a Kékeyi tan grata nueva.

“Al verla echada sobre el duro suelo, quedó partido de dolor”. Se acercó a ella, acariciándola tiernamente, como un gran elefante acaricia con la trompa a su dolorida compañera herida por la flecha envenenada del cazador. La dirige mil preguntas infructuosas, hasta que oye de sus labios la inesperada petición fundada en su antigua promesa, después de arrancarle previamente el juramento expreso de complacerla.

“¡Ay!”, grita el rey; “¡oh desgracia!” y cae desvanecido al suelo como herido en mitad del corazón por una flecha de estas crueles palabras. Largo tiempo después, cuando hubo vuelto en sí, comenzó a dirigir mil reproches a aquella desgraciada, sin lograr desviar su pensamiento ni con súplicas ni con razones, ni con sus lágrimas ardientes, ni con su misma desesperación. Tras mil frases envenenadas de aquella mujer enloquecida por la ambición y la vanidad, le dijo:

“Tú de quien los sabios ponderan continuamente la veracidad de las palabras y de la fidelidad a la fe jurada, ¿por qué habiéndome concedido dos gracias vacilas en cumplirlas?”. Irritado por tales palabras, Dasaratha le responde entonces lleno de emoción y gimiendo:

“¡Mujer innoble, enemiga mía! gusta pues de este bien, Kékeyi, de ver muerto a tu esposo y desterrado a un bosque a Rama, ese fiero elefante de los hombres”.

El monarca, atado con Kékeyi, como en otro tiempo Bali con Vishnú, en las redes de sus artificios, no pudo romper sus mallas” y hace llamar, inmediatamente, a Rama.

Entre tanto reinaba en todas partes el regocijo, por el anhelado suceso que creían ver realizado aquel día los fieles vasallos. Un trono deslumbrador, de oro macizo, sobre el cual se Sabía tendido una piel, “rico despojo del rey de los cuadrúpedos, agua del Ganges y de todos los ríos sagrados y del mar azul, un cetro suntuoso resplandeciente de joyas, un espantamoscas, un magnífico abanico y un quitasol inmenso, símbolo de la realeza. Se había reunido un toro blanco, un caballo de blanca piel, un elefante escogido, soberbio y en la embriaguez del celo; ocho jóvenes hermosas resplandecientes de los más preciados atavíos, poetas que cantaban alabanzas vestidos con opulencia y toda clase de Instrumentos.

Entre las oleadas de la muchedumbre apiñada, atraviesa el mensajero de Dasaratha y llega al palacio de Rama, “que parecía a lo lejos una masa plateada por las nubes y con el tejado radiante como el oro...”. El enviado le dice que el rey y Kékeyi quieren verle. Rama hace notar a Sita la bondad de su madrastra, “que sin duda deseando hacer algo agradable, emplea todo su arte en este momento para poner con sus manos la diadema en mi frente”, Rama llega a la cámara real. “Vio entonces a su padre sentado con Kékeyi y mostrando el dolor pintado en todos los rasgos de su rostro, seco de vejez”. Dasaratha no puede articular más que esta exclamación: ¡Rama!, y se desborda en un torrente de lágrimas.

La cabeza de Rama arde; su imaginación se desata en mil conjeturas mientras que un volcán de lava hirviente ruge en su alma y devora su corazón. Por fin, algo repuesto, interroga a Kékeyi sobre en que pudo él haber faltado. Valmiki pone en boca del héroe estas bellas ideas: “Un padre es el sublime autor de nuestro cuerpo; hace cuanto puede agradar a su hijo, le procura el sustento, le enseña buenas máximas; un padre es el mejor los seres, es un Dios presente a nuestros ojos. Quien apetezca gloria, poder, riquezas, larga vida, la vida misma, debe honrar a su padre; un padre es una gran divinidad que se manifiesta a la vista”. Entonces la inexorable reina comunica al joven su siniestro designio y le ordena cumplirlo. “¡Sea”, responde Rama, vestido con un traje de cortezas y con los cabellos atados hacia la coronilla, “habitaré catorce años en el norte, sólo por evitar que mi padre se desmienta. No quiero saber más de porqué no es él quien me da esta orden...”. Dasaratha no puede articular palabra, cae en

una especie de estupor y se ahoga en gemidos de dolor. Todavía lleva Rama su magnanimidad a dar a la orgullosa reina saludables consejos para su querido hermano Bharata, ajeno por completo a esta trama, y se dirige con su hermano Lakshmana al departamento de su madre, después de adorar a su padre que había caído desvanecido.

Kaasalya recibe gozosa al hijo adorado. Pronto sabe la desgracia. "Consumida por el dolor, la casta Kaasalya cae, como un bananero cortado por el pie". Vuelta en sí, y entrecortada su voz por los sollozos, manifiesta su luto y desesperación ante su hijo, del cual va a verse separada y supeditada a una rival orgullosa, inferior en prosapia, y alzada a dominadora de todos. "Destrozada pena", añadió Kaasalya a su hijo: "Rama, no debes obedecer a la palabra de un padre cegado por el amor". Lakshmana, viendo la aflicción de la madre "demasiado sensible" de Rama, se expresa largamente en igual sentido, con justas y poderosas razones: "¿Qué espíritu discreto, versado en lo tocante a los deberes de un monarca querría hoy cumplir la promesa de ese anciano, vuelto a la infancia, y lo que es peor, subyugado a una mujer? Siendo así que este suceso no ha llegado todavía a conocimiento de nadie ayudado de mí, echa mano al imperio del cual llevas en ti el derecho inherente a ti mismo".

Kaasalya pide a su hijo le lleve consigo a las selvas, de persistir en su resolución. Rama no quiere "ceder su renombre en premio de un reino", faltando al deber hacia la empeñada palabra de quien le dio el ser. Y dirigiéndose a Lakshmana, que se mostraba enfurecido por la sumisión de su hermano, procura calmarle y le dice que quiere dejar al instante la ciudad, e irse a los bosques. "Cuando me haya puesto por vestido una piel de antílope, cuando lleve los cabellos atados en dyara, cuando yo haya partido para vivir en los montes, la paz renacerá en el alma de Kékeyi". Pero Lakshmana lejos de calmarse, incita a Rama contra un padre tan débil, guiado por su puro amor fraternal, acabando por decir al joven Raghúda: "¡Oponte, Rama, oponte a nuestro padre con todas tus fuerzas: tal es mi modo de sentir". Por fin logra Rama tranquilizar a su hermano; pero éste, impulsado por su inquebrantable cariño, decide marcharse con Rama a la soledad de las selvas. La madre no cede y moriría en ausencia del hijo amado, "del árbol de sombra deliciosa, con las ramas llenas de frutos".